

me ha parecido una injuria, todo lo he dividido, y que de esta división ha resultado la caída del trono. Reflexionemos.

El señor de Villele declaró que no se podía gobernar conmigo ni sin mí. Conmigo, era un error; sin mí, era cierto, cuando el señor de Villele lo decía, puesto que las diferentes opiniones me daban una mayoría.

Nunca ha llegado a conocerme el presidente del consejo; yo le era sinceramente adicto, y le hice entrar en su primer ministerio, como lo demuestran la carta de gracias del duque de Richelieu y otros billetes que he citado: también hice dimisión de la embajada de Berlín cuando el señor de Villele se retiró del ministerio. Consiguieron persuadirle, al hacerse cargo de los negocios, por segunda vez, de que yo deseaba su plaza; pero no había tal cosa, pues no pertenezco a esa raza intrépida, sorda a la voz del desinterés y de la razón. Cuando pedía yo al señor de Villele que llevase al despacho del rey algún asunto importante para evitarme la molestia de ir a palacio y no privarme del placer de visitar una capilla gótica, en la calle de Saint-Julien-le-Pauvre, se pudo convencer de mis intenciones desinteresadas si hubiera reflexionado mejor acerca de los objetos que merecían mi preferencia.

El señor de Villele no comprendió que si mi ánimo tendía a la dominación, siempre se sometía a mi carácter. Hallaba placer en la obediencia, por lo mismo que ella me libertaba de mi propia voluntad. Mi defecto capital es el fastidio, el disgusto de todo; la duda perpetua. Si un príncipe que me conociera me hubiera obligado a trabajar, tal vez hubiera sacado de mí algún partido; pero raras veces se encuentra el hombre que quiere con el hombre que puede. Y, por otra parte, ¿existe hoy alguna cosa que nos precise a movernos de la cama, cuando nos dormimos al ruido de los tronos que caen, y que el pueblo barre por la mañana?

Además, al separarse de mí el señor de Villele, se relajó la política, y la contrariedad que experimentaba de parte de las opiniones interiores y el movimiento de las exteriores le irritó en extremo. Esto fué el origen de la censura de la prensa y del licenciamiento de la guardia nacional. ¿Debía yo dejar que pereciese la monarquía por conquistar la fama de una moderación hipócrita? Creí sincera-

mente cumplir mi deber combatiendo al frente de la oposición, por lo mismo que preveía el peligro. Cuando cayó el señor de Villele se me consultó para la formación de otro ministerio, y si hubieran sido nombrados el señor Casimiro Perier, el general Sebastiani y el señor Royer Collard, como yo proponía, la situación hubiera podido sostenerse. Yo no quise aceptar el ministerio de Marina; rehusé también dos veces el de Instrucción pública. ¿Por qué? Porque no quería entrar en el consejo sin poderlo dirigir. Preferí, pues, ir a Roma, a encerrarme entre sus ruinas, y buscar en ellas el otro yo mismo, porque en mi persona hay dos seres distintos que no tienen comunicación entre sí.

Yo estaba convencido de que el conde de Villele no comprendía la sociedad, y creo que las sólidas cualidades de este ministro no se adaptaban a la época en que ejerció el poder. En otro orden de cosas financieras, comerciales e industriales, habría sido un rey. Durante la Restauración, todas las facultades del alma estaban vivas; todos los partidos soñaron realidades o quimeras, que se chocaban en tumulto al avanzar o retroceder; nadie quería quedar donde estaba, y a nadie parecía la legitimidad constitucional la última palabra de la República o de la Monarquía. Se sentían hervir bajo la tierra ejércitos o revoluciones, que se presentarían para cumplir misiones extraordinarias. El señor de Villele se hallaba ilustrado acerca del movimiento; veía crecer las alas, que impulsando a la nación, le preparaban su elemento; pero él quería detenerle, sin poseer la fuerza necesaria para conseguirlo. Yo quería entretener a los franceses en adquirir gloria y llevarlos a la realidad por medio de sueños deliciosos, y esto era lo que ellos deseaban.

Si hubiese adivinado los resultados, me hubiera abstenido, y la mayoría también, de votar la negativa a los proyectos ministeriales, porque nadie deseaba seriamente una catástrofe, a excepción de algunas personas. Al principio sólo hubo un motín, que la dignidad convirtió en revolución; pero esa dignidad careció de inteligencia, prudencia y resolución para salvarse. Al fin es una monarquía que ha caído, como caerán otras muchas; yo no le debía más que mi fidelidad, y la tendrá siempre.

Adicto a las primeras desgracias de la monarquía, me he consagrado también

a sus últimos infortunios. Todo lo he abandonado; posición, riquezas y honores: ¡Jueces austeros y rígidos, virtuosos e infalibles realistas, que mezclasteis a vuestras riquezas un juramento, tened alguna indulgencia para mis amarguras pasadas, que estoy expiando a mi modo, enteramente opuesto al vuestro! ¿Creéis, acaso, que a la noche, a la hora en que el hombre trabajador descansa, no siente el peso de la vida, cuando este peso le abrumba? Y, no obstante, he podido sacudir el peso, porque he visto a Felipe en su palacio a principios de agosto de 1830, y si yo hubiera querido, habría escuchado de su boca palabras generosas.

Después, si me hubiese arrepentido de haber obrado mal, me hubiera sido fácil ahogar el sentimiento de mi conciencia, puesto que el señor Benjamín Constant, hombre poderoso entonces, me escribía el 20 de septiembre: «Quisiera mejor escribirle respecto a usted que acerca de mí, porque eso tendría más importancia: desearía hablarle de la pérdida que usted hace experimentar a Francia con retirarse, después de haber ejercido en ella una influencia tan noble y saludable. Pero sería indiscreción el mezclarme de esta manera en cuestiones personales, y debo respetar sus escrúpulos, lamentándome de ellos, como se lamentan todos los franceses.»

Me parecía que no había cumplido todos mis deberes, y he defendido a la viuda y al huérfano, arrojando un proceso y la prisión, que el mismo Bonaparte, a pesar de su cólera, no llegó a imponerme. Yo me presento entre mi dimisión al saber la muerte del duque de Enghien y mi grito por el niño despojado; apoyándome en un príncipe fusilado y otro destronado; ellos sostienen mis brazos con los suyos. Realistas, ¿podéis decir que estáis tan bien acompañados como yo?

Cuanto más aprisioné mi vida entre los lazos de la adhesión y del honor, tanto más he subordinado la libertad de mis acciones a la independencia del pensamiento. Ahora que veo las cosas desde lejos, aprecio a los gobiernos por lo que valen. ¿Podrá creerse a los reyes que vengán? ¿Se debe creer en los pueblos que hoy mandan? El hombre sabio y desconsolado de esta época sólo encuentra reposo en el ateísmo político. Vivan en medio de esperanzas las nuevas generaciones, ya que verán pasar muchos años antes de que se realice su objeto;

las edades tienden a la nivelación general; pero no aligeran su marcha con arreglo a nuestros deseos, porque el tiempo es una especie de eternidad apropiada a las cosas mortales.

Paris, 1839.

LA SEÑORA RECAMIER. — SU INFANCIA Y SU JUVENTUD.

Pasemos a la embajada de Roma, a esa Italia, el ensueño de mis días. Antes de proseguir mi narración, debo hablar de una mujer que no habrá que perder ya de vista hasta el final de estas *Memorias*. Va a establecerse una correspondencia de Roma a París entre ella y yo: por lo tanto, es preciso saber a quién escribo, cómo y en qué época conocí a la señora Recamier.

Volvamos aún a tiempos pasados y tratemos de bosquejar a la luz de mi ocaso un retrato sobre el cielo en donde mi noche, que se aproxima, va a esparcir bien pronto sus sombras.

Una carta publicada en *El Mercurio* después de mi regreso a Francia en 1800 había llamado la atención a madama de Staël. Yo no estaba todavía borrado de la lista de los emigrados: *Atala* me sacó de mi obscuridad. La señora Bacciochi (Elisa Bonaparte), a ruegos del señor de Fontanes, solicitó y obtuvo mi eliminación, de la que se había ocupado madama de Staël, y yo fui a darle las gracias. No me acuerdo bien si fué Cristián de Lamoignon o el autor de *Corina* quien me presentó a su amiga, la señora de Recamier, que vivía entonces en su casa de la calle de Mont-Blanc. Al salir de mis bosques y de la obscuridad de mi vida, mi carácter era enteramente salvaje, y apenas me atreví a levantar la vista hacia una mujer rodeada de adoradores.

Casi un mes después me encontraba una mañana en casa de madama de Staël, la cual me había recibido en su tocador: la vestía la señorita Oliva, y jugaba entre sus dedos con una ramita verde. Entró de repente la señora Recamier vestida con un traje blanco, sentándose en el centro de un sofá de seda azul. Madama de Staël, que permaneció en pie, continuó su conversación muy animada, hablando con elocuencia; pero yo apenas le contestaba, fijas mis miradas en la señora de Recamier. Nunca había inventado mi imaginación una co-



sa semejante, y entonces se apoderó de mí más que nunca el desaliento: mi admiración se trocó en enojo contra mi persona. La señora Recamier se marchó, y no volví a verla hasta doce años después.

¡Doce años! ¡Qué poder enemigo corta y malgasta así nuestros días, prodigándoles irónicamente a todas las indiferencias llamadas cariños, a todas las miserias denominadas felicidades! Después, por una nueva burla, luego que ha marchitado y desperdiciado la porción más preciosa de ellos, trae al hombre al punto mismo de su partida. ¿Y cómo le trae? Con el ánimo impregnado de ideas extrañas, de importunos fantasmas, de sentimientos erróneos e incompletos de un mundo que ninguna felicidad le ha dejado. Esas ideas, esos fantasmas, esos sentimientos se interponen entre el hombre y la felicidad que aun podría alcanzar, y aquél vuelve con el corazón henchido de pesares, y desolado de esos errores de la juventud tan penosos a la memoria en el pudor de los años. Así volví yo, después de estar en Roma y en Siria; después de haber visto pasar el Imperio; después de haber sido el hombre del ruido; después de haber dejado de ser el hombre del silencio. ¿Y qué hizo la señora Recamier? ¿Cuál había sido su vida?

Desconozco la mayor parte de la existencia, brillante y retirada a la vez, de que voy a ocuparme; por lo tanto, me veo en la precisión de acudir a autoridades diferentes de la mía, pero que serán irrecusables. En primer lugar, la señora Recamier me refirió hechos de que ha sido testigo y me ha comunicado cartas preciosas. Ha escrito sobre lo que ha visto, notas cuyo texto me ha permitido consultar y muy rara vez citar. Después, madama de Staël en su correspondencia; Benjamín Constant en sus memorias, impresas unas y otras manuscritas; el señor Ballanche en un bosquejo de nuestra común amiga; la duquesa de Abrantes en sus reseñas, y la señora de Genlis en las suyas, suministraron abundantes materiales a mi narración, y no he hecho más que anudar unos con otros tantos nombres hermosos, llenando los huecos con mi relato, cuando aparecían rotos algunos eslabones de la cadena de los sucesos.

He visto en Lyon el *Jardín de las Plantas*, construido sobre las ruinas del

anfiteatro antiguo, y en los jardines de la antigua *abada de la Deserte*, destruida en la actualidad: a sus pies corren el Ródano y el Saona: a lo lejos se eleva la montaña más alta de Europa, primera columna milenaria de Italia, con su rótulo blanco por encima de las nubes. La señora Recamier fué puesta en esa abadía, en donde pasó su infancia detrás de una verja que sólo se abría hacia la iglesia exterior al tiempo de alzar en la misa. Entonces se divisaba en la capilla interior del convento a las jóvenes prosteradas. La fiesta de la abadesa era la fiesta principal de la comunidad, y la pensionista más hermosa hacia el cumplimiento de estilo; se presentaba con el traje ajustado, trenzados sus cabellos, y la cabeza velada y coronada por mano de sus compañeras: todo esto silenciosamente, porque la hora de levantarse era una de las que en los monasterios se llamaban del gran silencio. Excuso decir que Julieta tenía los honores del día. Sus padres, establecidos en París, la llamaron. Tomo la siguiente nota de los borradores escritos por la señora Recamier:

«La víspera del día en que debía venir a buscarme mi tía, me condujeron al cuarto de la abadesa para recibir su bendición. Al día siguiente salí bañada en lágrimas por la puerta que no recordaba se hubiera abierto para dejarme entrar; subí a un carruaje con mi tía, y marchamos a París.

»Abandono con pesar una época tan pura y tranquila para entrar en la de las agitaciones. A veces me la represento como un vago y dulce ensueño, con sus nubes de incienso, sus ceremonias infinitas, sus procesiones en los jardines, sus cánticos y sus flores.»

Benjamín Constant, el hombre de más imaginación después de Voltaire, pretendió dar una idea de la primera juventud de la señora Recamier, bebiendo en el modelo cuyas facciones intentaba bosquejar, una gracia que no le era natural.

«Entre las mujeres de nuestra época—dice—, célebres por sus dotes de belleza, talento o carácter, hay una que quiero retratar. Su hermosura la hizo admirar desde luego: su alma se hizo conocer en seguida, y ésta pareció todavía superior a la primera. El trato del mundo ofreció a su talento el medio de desplegarse, y su talento no fué inferior ni a su belleza ni a su alma.

»Contando apenas quince años, y casada con un hombre que, ocupado en infinitad de negocios, no podía guiar su extremada juventud, se encontró la señora Recamier entregada casi enteramente a sí propia en un país que era todavía un caos.

»Muchas mujeres de la misma época hicieron diversamente célebre su nombre en toda Europa: la mayor parte pagaron el tributo a su siglo, unas por amores sin delicadeza, otras por condescendencias culpables hacia las tiranías sucesivas.

»La que describo salió brillante y pura de aquella atmósfera que mancillaba todo lo que no corrompía. La infancia fué, en primer lugar, una salvaguardia para ella, pues el autor de tan bella obra todo lo hacía redundar en beneficio suyo. Alejada del mundo en una sociedad embellecida por las artes, hacía una grata ocupación de todos esos estudios sublimes y poéticos que son luego encanto de otra edad.

»Con frecuencia también, rodeada de jóvenes compañeras, se entregaba con ellas a bulliciosos juegos. Esbelta y ligera, las aventajaba en correr, o cubría con un pañuelo sus ojos, que algún día debían traspasar todas las almas. Su mirada, ahora tan expresiva y profunda, y que parece revelar misterios que ella misma no conoce, sólo brillaba entonces con una alegría viva y juguetona. Sus hermosos cabellos, que no pueden soltarse sin causar turbación en quien los mira, caían entonces sin peligro para nadie sobre sus blancos hombros. Una risa ruidosa y prolongada interrumpía muchas veces sus conversaciones infantiles; pero ya podía notarse en ella esa observación fina y rápida que sabe encontrar lo ridículo, esa malignidad dulce que se chace sin herir nunca, y, sobre todo, ese sentimiento exquisito de elegancia, de pureza, de buen gusto, verdadera nobleza innata, cuyos títulos aparecen impresos en los seres privilegiados.

»La gran sociedad de entonces era demasiado contraria a su naturaleza para que ella no prefiriese el retiro. Nunca se la vió en las casas abiertas al primero que llegaba, únicas reuniones posibles cuando toda sociedad cerrada habría parecido sospechosa; en donde todas las clases acudían con precipitación, porque allí podía hablarse sin decir nada, y encontrarse la gente sin comprometerse; en donde el mal tono hacía las veces del ta-

lento y el desorden las de la alegría. Jamás se la vió en aquella corte del Directorio, en donde el poder era a la vez terrible y familiar, e inspiraba temor, sin librarse por eso del desprecio.

»No obstante, la señora Recamier salía a veces de su retiro para ir al teatro o a los paseos públicos, y en estos sitios, por todos frecuentados, aquellas escasas apariciones eran verdaderos acontecimientos. Se olvidaba cualquier otro objeto en aquellas reuniones inmensas, y todos se precipitaban a verla pasar. El hombre bastante dichoso para acompañarla, tenía que arrostrar la admiración como un obstáculo: sus pasos se veían a cada momento detenidos por los espectadores, que se agrupaban en torno de ella. La señora Recamier gozaba de su triunfo con la alegría de una niña y la timidez de una joven; mas, la graciosa dignidad que la distinguía en su retiro de sus jóvenes amigas, contenía por fuera a la multitud efervescente. No parecía sino que reinara igualmente con su sola presencia sobre sus compañeras y sobre el público. Así pasaron los primeros años del matrimonio de la señora Recamier, entre ocupaciones poéticas, juegos infantiles en el retiro, y breves, pero brillantes, apariciones en el mundo.»

Interrumpiendo la narración del autor de *Adolfo*, diré que, en aquella sociedad que sucedió al Terror, todos temían aparentar que poseían hogar. Se reunía la gente en los sitios públicos, especialmente en el *Pabellón de Hannover*: cuando yo vi ese pabellón, estaba abandonado como el salón de una fiesta de ayer o como un teatro, del que hubiesen desaparecido para siempre los actores. Allí se habían encontrado jóvenes escapadas de la prisión, a las que Andrés Chenier había hecho decir:

Ann no quiero morir.

La señora Recamier había encontrado a Dantón caminando al suplicio, y después vió algunas de las hermosas víctimas substraídas a los que, a su vez, fueron víctimas de su propio furor.

Volvamos otra vez a Benjamín Constant:

«El ánimo de la señora Recamier tenía necesidad de otro alimento. El instinto de lo bello le hacía amar de antemano, sin conocerlos, a los hombres dis-



tinguidos por una reputación de talento y de genio.

»El señor de Laharpe fué uno de los primeros que pudieron apreciar a aquella mujer que debía reunir algún día en torno suyo a todas las celebridades de su siglo. La había visto en su infancia; la volvió a encontrar casada, y la conversación de aquella joven de quince años tuvo mil atractivos para aquel hombre, a quien su excesivo amor propio y el hábito del trato con los hombres de más talento de Francia hacían muy exigente y difícil.

»El señor de Laharpe se desprendía al lado de la señora Recamier de casi todos los defectos que hacían su trato escabroso y casi insoportable. Se complacía en ser su guía, y admiraba la rapidez con que su talento suplía a la experiencia, comprendiendo todo cuanto le revelaba acerca del mundo y de los hombres. Era esto en la época de aquella conversión famosa, que tantas personas han calificado de hipocresía. Yo consideré siempre esa conversión como sincera. El sentimiento religioso es una facultad inherente al hombre, y es un absurdo afirmar que el fraude y el engaño hayan creado esa facultad. No se pone en el alma humana más que lo que la naturaleza ha colocado en ella. Las persecuciones, los abusos de autoridad en favor de ciertos dogmas pueden hacernos ilusión a nosotros mismos, y rebelarnos contra lo que experimentaríamos, si no nos lo impusieran; pero desde que han cesado las causas exteriores, volvemos a nuestra tendencia primitiva; cuando no hay ya valor para resistir, no se encuentra atractivo en la resistencia. Ahora bien, habiendo quitado la revolución ese mérito a la incredulidad, los hombres a quienes sólo la vanidad hizo incrédulos, pudieron hacerse religiosos de buena fe.

»El señor de Laharpe era de ese número; pero conservó su carácter intolerante y esa amarga predisposición que le hacía concebir nuevos odios sin abjurar los antiguos. Sin embargo, con la señora Recamier desaparecían todas esas espinas de su trato.»

Véanse algunos fragmentos de la correspondencia del señor de Laharpe a la señora Recamier, de que habla Benjamín Constant:

«Sábado, 28 de septiembre.

»Qué, señora, ¿lleva usted su bondad hasta el extremo de querer honrar con

una visita a un pobre proscrito como yo? Bien podré decir ahora como los antiguos patriarcas, a quienes, por otra parte, me asemejo tan poco, «que ha venido un ángel a mi morada». Ya sé que se complace usted en hacer *obras de misericordia*, pero en los tiempos que corren todo bien es difícil, y éste lo mismo que los otros. Debo avisarle, aun a mi pesar, que venir sola es, desde luego, imposible, por muchas razones, y entre otras, que con su juventud y su hermosura, cuyo esplendor le seguirá por donde usted vaya, no podría viajar sin una camarera a quien la prudencia me prohíbe confiar el secreto de mi retiro, que no es mío sólo. No habría más que un medio de ejecutar su generosa resolución, que sería ponerle de acuerdo con la señora de Clermont, quien la conduciría un día a su casa de campo, y, desde allí, le sería muy fácil venir con ella. Las dos están ustedes hechas para apreciarse y amarse mutuamente...

»Estoy componiendo en estos momentos una porción de versos, y, al hacerlos, pienso frecuentemente que podré leerlos algún día a esa hermosa y encantadora Julieta, cuyo talento es tan fino como su mirada, y el gusto tan puro como su alma.

»También le mandaría el fragmento de *Adonis* que le gusta, aunque para mí es ya algo profano; pero quisiera la promesa de que no saldría de sus manos...

»Adiós, señora; me dejo llevar con usted de ideas que cualquier otro encontraría extraño dirigir a una persona de diez y seis años; pero sé que sus diez y seis años sólo están en su semblante.»

«Sábado.

»Mucho tiempo hace, señora, que no he tenido el placer de conversar con usted, y si está convencida, como debe estarlo, de que ésta es una de mis privaciones, no me hará reconveniones por ello.

»Ha leído usted en mi alma; vió que llevaba en ella el luto de las desgracias públicas y el de mis propias faltas, y he debido comprender que esta triste posición formaba un contraste sobrado fuerte con todo el esplendor que rodea su juventud y sus encantos. Hasta temo que se haya revelado algunas veces en los pocos momentos que me ha sido permitido pasar con usted, y reclamo por ello su indulgencia. Pero actualmente, señora,

que la Providencia parece mostrarnos muy de cerca un porvenir más halagüeño, ¿a quién mejor que a usted podría confiar la alegría que me infunden tan dulces esperanzas y que yo creo tan cercanas? ¿Quién ocupará más preferente lugar que usted en los regocijos particulares que se mezclarán a la pública alegría? Entonces seré más susceptible y menos indigno de los goces de su encantadora sociedad, ¡y por cuán feliz me tendría en poder contribuir a ello en algo! Si se digna conceder el mismo valor al fruto de mi trabajo, será usted siempre la primera a quien me apresuraré a presentarlo en homenaje. Entonces, no más contradicciones ni obstáculos: siempre me encontrará a sus órdenes, y espero que nadie podrá censurarme por esa preferencia; pues diré: ahí tenéis a la que en la edad de las ilusiones, y con todas las ventajas brillantes que podrían disculparlas, conoció toda la nobleza y delicadeza del proceder de la más pura amistad, y en medio de todos los homenajes se acordó de un proscrito: ahí tenéis aquella cuya juventud y gracias vi crecer en medio de una corrupción general que no pudo contaminarlas nunca, a aquella cuya razón de diez y seis años avergonzó muchas veces a la mía, y estoy seguro de que nadie se atreverá a contradecirme.»

La tristeza de los sucesos, de la edad y de la religión, ocultada bajo una expresión tierna, ofrece en estas cartas una mezcla singular de ideas y de estilo. Volvamos de nuevo a la narración de Benjamín Constant:

«Llegamos a la época en que la señora Recamier se vió, por la primera vez, objeto de una pasión fuerte y perseverante. Hasta entonces sólo había recibido homenajes unánimes de parte de todos los que no la conocían; pero su género de vida no presentaba en ninguna parte centros de reunión en donde pudiera haber seguridad de encontrarla. No recibía nunca en su casa, y no se había formado aún sociedad en donde pudiera penetrarse todos los días para verla y tratar de agradarla.

»En el verano de 1799 fué la señora Recamier a habitar el palacio de Clichy, a un cuarto de legua de París. Un hombre, célebre más tarde por diferentes géneros de pretensiones, y más célebre todavía por las ventajas que rehusó que

por los triunfos que obtuvo, Luciano Bonaparte, hizo que le presentaran a la señora Recamier.

»Hasta entonces no había aspirado éste más que a conquistas fáciles, y no había estudiado para obtenerlas más que los procedimientos de novela que su poco conocimiento de mundo le hacía creer infalibles. Es posible que le sedujese en un principio la idea de cautivar a la mujer más hermosa de su siglo. Joven, jefe de un partido en el consejo de los *Quinientos*, hermano del primer general de la época, se sentía lisonjeado con reunir en su persona los triunfos de un hombre de Estado y las coronas de un amante.

»Se le ocurrió apelar a una ficción para declarar su amor a la señora Recamier, y, componiendo una carta de *Romeo a Julieta*, la envió, como obra suya, a la que llevaba el mismo nombre.»

Véase esa carta de Luciano, conocida de Benjamín Constant. En medio de las revoluciones que han agitado el mundo real, es curioso ver a un Bonaparte interesarse en el mundo de las ficciones.

*Carta de Romeo a Julieta por el autor de «La Tribu india».*

«Venecia, 29 de julio.

»Romeo le escribe a usted, Julieta: si se negase a leerme, sería usted más cruel que nuestros padres, cuyas largas contiendas acaban, al fin, de apaciguarse; seguramente esas terribles contiendas no volverán a renacer...

»Hace pocos días que sólo le conocía por la fama. Algunas veces encontré a usted en los templos y en las fiestas: sabía que era la más hermosa; mil labios repetían sus elogios, y sus atractivos me habían llamado la atención sin deslumbrarme... ¿Por qué la paz me entregó a su imperio? La paz está en nuestras familias, pero la turbación se encuentra en mi corazón...

»¿Recuerda aquel día en que me presentaron a usted por la primera vez? Celebrábamos en un banquete numeroso la reconciliación de nuestros padres. Regresaba del Senado, en donde los disturbios suscitados a la República habían causado una viva impresión...

»Llegó usted, y, entonces, todos se apresuraron a salirle al encuentro. «¡Qué hermosa es!», decían...